



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Ni Sodoma ni Gomorra

En un reciente viaje a Málaga, un amigo me hizo ver, tal cosa extraordinaria y única, cómo muchachas de 12 a 15 años se prostituían en el muro de San Julián y en la calle Tomás Heredia. Vestían cuatro trapos mal cosidos y sucios y levantaban a sus presas —o al revés— por 2.000 pesetas y la cama. Sus clientes eran gente de poco pelo, quiero decir de pocos posibles, como muchachos pelones y peludos de la droga y ambientes cutres, trabajadores eventuales del muelle o de los mercados. Llamaba la atención la velocidad del servicio de tales chicas. Al salir del bar-amueblado, muchas se apresuraban a comprar una *papelina*, antes de que llegase el *tiito*, el macarra, a recaudar. Allí no se hablaba de sida ni de preservativo: traía mala suerte, dijo mi amigo.

En fin, lo que vi en Málaga es lo que ocurre en Barcelona, Madrid, Lisboa, Caracas, México, Amberes, Berlín, La Habana, Moscú o Buenos Aires, pero más apiñado y más a la luz del día. La prostitución es menos visible por la noche, aunque no la venta de *papelinas* y ¡oh sorpresa! de hachís. Allí aún se le da al porro, vaya que sí, y el *caballo*, la heroína, está en franco retroceso. La prostitución nocturna es patrimonio de niñas bien y de efebos, como en todas partes: discotecas y bares de alterne. Las tarifas son mucho más altas y los clientes, unos jóvenes ejecutivos nada agresivos, algún concejal o pasante de notario. Mi amigo cree que su ciudad es como Sodoma y Gomorra. Y es como una **"Sodoma del Paraíso"**, como escribió **Vicente Alexandre**.